

MIJAÍL ALEXÁNDROVICH SHÓLOJOV

Cuentos del Don



EDITORIAL PLANETA

BARCELONA

Mijaíl A. Sholójov

Cuentos del Don

11

EL PASTOR

I

DESDE HACÍA DIECISÉIS DÍAS, un viento abrasador soplaba de parte de la estepa pardusca, quemada por el sol, un viento que venía del Este, de las tierras salinas blancas y resquebrajadas.

La tierra parecía como carbonizada, la hierba se retorció amarillenta; los pozos, que tanto abundaban a lo largo del camino, se habían secado. Y las espigas del trigo, sin haber llegado a granar, se inclinaban marchitas hacia el suelo, encogidas como ancianos.

Hacia el mediodía, el *jútor* sumido en el sueño fue despertado por el bronce de la campana.

El calor es agobiante. Silencio. Sólo se oye el arrastrar de pies que revuelven el polvo a lo largo de las cercas, y los bastones de los viejos que golpean en el suelo, explorando el camino.

La campana convoca a asamblea del *jútor*. En el orden del día, la contrata de un nuevo pastor.

La sala del comité ejecutivo es un murmullo de voces. Humo de tabaco.

El presidente golpea sobre la mesa con un pequeño trozo de lápiz.

—Ciudadanos, el viejo pastor se niega a seguir al cuidado del rebaño. Dice que se le paga poco, no le conviene. Nosotros, el comité ejecutivo, proponemos que se contrate a Grigori Frólov. Es nacido en el lugar, huérfano, del Komsomol... Su padre, como todos sabéis, fue zapatero. Vive con su hermana y carecen de recursos. Creo ciudadanos, que os haréis cargo, y lo contrataréis para guardar el rebaño.

El viejo Nésterov no pudo contenerse, se revolvió inquieto.

—Eso no podemos hacerlo. Se trata de un rebaño grande y él no vale para pastor... Los animales hay que llevarlos lejos, del pueblo, porque en las cercanías no hay pasto. Y él no, tiene costumbre. Cuando llegue el otoño se habrá extraviado la mitad de los terneros...

Ignat, el molinero, un vejete que presumía de listo, dijo con voz gangosa, melosa, pero llena de sorna:

—Nosotros mismos encontraremos pastor sin ayuda del comité ejecutivo; eso es cosa nuestra y de nadie más... Hay que elegir una persona de edad, de confianza y que sepa tratar a los animales...

—Tiene razón el abuelo...

—Si contratáis a un viejo, ciudadanos, antes se perderán los terneros... Los tiempos han cambiado, los robos son muy frecuentes...

Así dijo el presidente, insistiendo, y quedó a la expectativa. Desde las filas de atrás le apoyaron:

—Un viejo no sirve... Hay que pensar que no se trata de vacas, sino de terneros de un año. Hace falta alguien de pies ligeros. Si el rebaño se dispersa, a ver quién lo junta. Cuando el viejo eche a correr, perderá las tripas...

Una risotada estruendosa fue el comentario; pero el abuelo Ignat, a media voz, siguió en sus trece:

—Los comunistas aquí no tienen nada que ver... Hay que entender de oraciones, y no de cualquier manera... —y el dañino vejete se pasó la mano por la calva.

Pero el presidente le cortó con aspereza:

—Déjese de comentarios, ciudadano... Si sigue así... si sigue en ese tono... le expulsaré de la asamblea...

Al amanecer, a la hora en que un humo sucio sale de las chimeneas, se arrastra y se extiende por el suelo de la plaza. Grigori reúne el rebaño de ciento cincuenta cabezas y lo conduce a través del *jútor* hacia la loma gris e inhóspita.

La estepa se halla cubierta de los pequeños montículos grises que construyen las marmotas al abrir sus madrigueras; los citilos dejan oír su silbido, largo e inquieto. De entre los matorrales bajos de las barrancas, las avutardas remontan el vuelo, haciendo brillar su plumaje plateado.

El rebaño se muestra tranquilo. Sobre la corteza agrietada del suelo resuena como el tamboreo de la lluvia el tac-tac de las pezuñas de los terneros.

Junto a Grigori camina Duniatka, su hermana y auxiliar en las funciones de pastor. Todo ríe en ella: las mejillas, pecosas y tostadas por el sol, los ojos, los labios. Y eso porque acaba de cumplir diecisiete primaveras y a los diecisiete años todo parece divertido: la ceñuda cara del hermano, y los terneros de largas orejas que sobre la marcha rumian los hierbajos; resulta divertido hasta eso de que hace ya dos días no tienen ni un pedazo de pan.

Pero Grigori no se ríe. Bajo su gorra raída se ve una frente abultada que surcan las arrugas, y unos ojos cansados, como si hubiese vivido mucho más de diecinueve años.

El rebaño marcha tranquilo por un lado del camino, alargándose en una mancha de diversos colores.

Grigori silba a los terneros rezagados y se vuelve hacia Duniatka:

—Con lo que ganemos hasta el otoño, Dunia, iremos a la ciudad. Yo ingresaré en una facultad obrera¹ y a ti te colocaré en algún sitio... A lo mejor también podrás estudiar... En la ciudad, Duniatka, hay muchos libros, y el pan es limpio, sin hierbas como el que nosotros comemos.

—¿Y de dónde sacaremos dinero para el viaje?

—Eres tonta... Nos pagarán en especie, veinte *puds*² de grano. Ahí tienes el dinero... Lo venderemos a rublo el *pud*, venderemos el mijo, el estiércol seco.

Grigori se detiene en medio del camino, con el mango del látigo traza unas figuras en el polvo del suelo. Está echando cuentas.

—¿Qué vamos a comer, Grisha? No nos queda nada de pan...

—En la bolsa tengo un trozo duro.

—¿Lo comemos ahora o esperamos a mañana?

—Mañana vendrán del *jútor* y nos traerán harina... El presidente lo ha prometido...

El sol del mediodía abrasa. La camisa de Grigori, de tela áspera, está empapada de sudor y se le pega a la espalda.

El rebaño marcha inquieto, los tábanos y las moscas pican a los terneros, el aire recalentado se estrema con el bramido de los terneros y con el zumbido de los tábanos.

A la caída de la tarde, cuando se pone el sol, el rebaño llega a la cerca. No lejos hay una charca y una choza de paja podrida por las lluvias.

Grigori se adelanta al trote. Alcanza fatigosamente el redil y abre la puerta de mimbres.

A continuación cuenta los terneros, haciéndolos pasar de uno en uno por el cuadrado negro del portón.

II

SOBRE UN MONTÍCULO que como un apretado garbanzo se levantaba al otro lado de la charca, construyeron una choza nueva, de barro. Las paredes las recubrieron de estiércol amasado y Grigori la techó con hierbas.

Al otro día llegó el presidente montado en su caballo. Traía medio *pud* de harina de maíz y una bolsa de mijo. Se sentó al fresco y encendió un pitillo.

¹ Escuelas donde los jóvenes obreros se preparaban para el ingreso en centros de enseñanza superior.

² Medida de peso equivalente a 16,30 kgs.

—Eres un buen mozo, Grigori. Cuando termines este trabajo del rebaño, este otoño te llevaré a la cabeza del distrito, a estudiar. Tengo un amigo en la sección de instrucción pública, te ayudará...

Grigori se puso rojo de alegría, y al despedir al presidente le sujetó el estribo y le dio un fuerte apretón de manos. Durante largo rato siguió con la mirada las esponjosas nubes de polvo que levantaban los cascos del caballo.

La estepa, reseca, al amanecer se teñía de un rosado tísico; al mediodía parecía sofocada por el calor. Tumbado de espaldas, Grigori miraba el cerro vecino envuelto en una neblina azul. Se le figuraba que la estepa era un ser dotado de vida y sufría bajo abrumados de poblados, *stanitsas* y ciudades. Se le figuraba que el suelo subía y bajaba al ritmo forzado de su respiración, y allá dentro, bajo las gruesas capas de tierra, una vida distinta, desconocida, se desarrollaba y fluía plétórica.

Y en pleno día, sentía miedo.

Media con la vista las incontables filas de cerros, contemplaba los remolinos de la caligine, el rebaño, la hierba pardusca y manchada. Pensaba que había sido separado del resto del mundo lo mismo que una rebanada de pan que es cortada de la hogaza.

Un atardecer, vispera de domingo, Grigori recogió el rebaño en el redil. Duniatka había encendido fuego ante la choza y estaba preparando unas gachas de mijo y aromáticas acederas.

Grigori se sentó ante la hoguera y dijo, revolviendo las brasas de estiércol seco con el mango del látigo.

—La ternera de Grishaka se ha puesto enferma. Deberíamos avisar al dueño...

—¿Quieres que vaya yo al *jútor*? —preguntó Duniatka, tratando de parecer indiferente.

—No. Yo no podría cuidar solo el rebaño... —sonrió—. Echas de menos a la gente, ¿verdad?

—No puedes figurártelo, Grisha... Hace un mes que vivimos en la estepa y no hemos visto más que a una persona. Si una pasase aquí el verano, se olvidaría hasta de hablar.

—Aguanta, Dunia... Este otoño iremos a la ciudad. Estudiaremos los dos y luego, cuando hayamos aprendido, volveremos aquí. Cultivaremos el suelo como mandan los libros, porque ahora la gente es de una ignorancia terrible... Nadie sabe leer... no hay libros...

—A nosotros no nos dejarán estudiar... También nosotros somos ignorantes...

—Sí que nos dejarán. El invierno pasado, cuando estuve en la *stanitsa*, el secretario de la célula me dio a leer un libro de Lenin. Allí decía que el poder pertenece a los proletarios. Y del estudio decía que los primeros que tienen que estudiar son los pobres.

Grishka se incorporó y se puso de rodillas. En sus mejillas brillaron los reflejos bronceados del fuego.

—necesitamos estudiar para aprender a dirigir nuestra República. En las ciudades el poder es de los obreros, mientras que aquí el presidente de la *stanitsa* es un ricachón, y en los *jútores*, los presidentes son gente rica.

—Yo, Grisha, podría fregar pisos, lavar ropa, ganaría, y tú estudiarías...

El fuego se extingue, las brasas humean y despiden chispas. La estepa calla, medio dormida.

III

CON UN MILICIANO que se dirigía a la ciudad, Politov, el secretario de la célula, avisó a Grigori que debía presentarse en la *stanitsa*.

Cuando Grigori salió aún era de noche. A la hora de la comida divisó desde una loma el campanario y las casitas, unas cubiertas de paja y otras de chapa.

Arrastrando los pies, cubiertos de callos, llegó a la plaza. El club estaba en la casa del pope. Por una alfombrilla nueva, que olía a paja fresca, penetró en una espaciosa pieza. Los postigos entornados la mantenían en la oscuridad.

Politov estaba, cepillo de carpintero en mano, arreglando un marco de ventana.

— He oído hablar de ti, hermano... —dijo sonriendo, a la vez que le alargaba la mano envuelta en sudor—. Por ahora no hay nada que hacer. Ya pregunté a la ciudad: pedían muchachos para una fábrica de aceite, pero de los reunidos les sobraban doce... Sigue guardando el rebaño, en cuanto llegue el otoño te mandaremos a estudiar.

—Y que no me falte ese trabajo... Los ricos del *jútor* se resistían a tomarme de pastor... Que si soy del Komsomol, que si no creo en Dios, que sin oraciones no se puede guardar bien el ganado... —rió cansadamente Grigori.

Polítov limpió con la manga las virutas y se sentó en el antepecho. Se quedó mirando a Grigori, arrugando las cejas, empapadas de sudor.

—Tú, Grisha, parece que has enflaquecido... ¿Cómo anda la cuestión de comida?

—Vamos tirando.

Hicieron una pausa.

—Ea, ven conmigo. Te daré algo para leer. Hemos recibido periódicos y folletos.

Avanzaron por la calle, que desembocaba en el cementerio. Las gallinas se revolvían en los montones grises de ceniza. A lo lejos rechinó el cigoñal de un pozo. Pero el silencio era tan pegajoso que se metía por los oídos.

Quédate. Hoy hay asamblea. Los muchachos ya han preguntado por tí, quieren saber qué haces y cómo te va. Verás a la gente... Yo voy a hacer un informe sobre la situación internacional... Te quedas a dormir en mi casa y mañana te puedes ir. ¿Conformes?

—No puedo quedarme a dormir. Duniatka no puede guardar ella sola el rebaño. Acudiré a la asamblea, pero esta misma noche, en cuanto termine, me iré.

En el zaguán de la casa de Polítov hacía fresco.

Había un dulce aroma a manzanas puestas a secar. Los collarones y las cabezadas que colgaban de las paredes despedían un olor a sudor de caballo.

En un rincón había una cuba de *kvas*¹ y una cama desvencijada.

—Me he refugiado aquí: dentro hace mucho calor...

Polítov se inclinó y de debajo del terliz sacó cuidadosamente unos ejemplares viejísimos de *Pravda* y dos folletos.

Los puso en manos de Grigori y desató un saco que era un puro remiendo:

—Sujeta...

Mientras Grigori sostenía el saco por el borde, sus ojos buscaban los títulos de los periódicos.

Polítov, a puñados, llenó el saco hasta la mitad y desapareció en el interior.

Trajo dos pedazos de tocino, los envolvió en una hoja de col, los colocó junto al saco y gruñó:

—Cuando te vayas, acuérdate de llevarte esto.

—No me lo llevaré —se resistió Grigori, enrojeciendo.

—¿Por qué?

—Porque no...

—¡Eres un miserable! —gritó Polítov, palideciendo, con los ojos clavados en Grisha—. ¡Y aún se tiene por camarada! Es capaz de reventar de hambre y no decir ni una palabra. Tómalo, o se acabó la amistad...

—No quiero llevarme lo último que tienes...

—La última es la mujer del pope —dijo Polítov ya tranquilo, mientras miraba a Grigori, que, enfurruñado, ataba el saco.

La asamblea terminó poco antes del amanecer.

Grisha emprendió el camino por la estepa. Sus hombros se vencían bajo el peso de la harina. Los pies, lastimados, le ardían como si fueran a reventar, pero él caminaba animoso y alegre al encuentro de las primeras luces del alba.

¹ Bebida refrescante

IV

AL AMANECER, Duniatka salió de la choza para recoger estiércol seco, que le servía de combustible. Grigori venía corriendo del redil. Imaginó que algo malo había ocurrido.

—¿Ha sucedido algo?

—La ternera de Grishka ha muerto... Y otros tres animales se han puesto enfermos. —Tomó aliento y añadió—: Ve al *Jútor*, Dunia. Di a Grishka y a los demás que vengan ahora mismo... que el ganado está mal.

Duniatka se arregló aprisa y corriendo. Emprendió la marcha y cruzó la loma, dando la espalda al sol que se asomaba por encima del montículo.

Cuando Grigori se hubo quedado solo, se dirigió lentamente al redil.

El rebaño salió a la hondonada, pero junto a la cerca quedaron tumbados tres terneros. Al mediodía habían muerto.

Grigori no cesaba de correr del rebaño al redil: otros dos animales estaban enfermos... Uno había caído sobre el limo húmedo al borde de la charca; con la cabeza vuelta hacia Grishka, emitía unos mugidos interminables; sus ojos, saltones y vidriosos, se habían llenado de lágrimas. Y por las mejillas bronceadas corrían también lágrimas saladas.

Cuando el sol se ocultaba, llegaron Duniatka y los dueños...

El abuelo Artémich dijo, tocando con su bastón el cuerpo inmóvil de la ternera:

—Es la peste. Se llevará a todo el rebaño.

Desollaron los animales muertos y los enterraron en las proximidades de la charca. La tierra seca y negra formó un nuevo montículo.

Al día siguiente, Duniatka emprendió de nuevo el camino del *jútor*. Otros siete animales habían enfermado de golpe...

Los días se sucedían en negro desfile. El redil se iba quedando vacío. Vacía se quedaba también el alma de Grishka.

De ciento cincuenta cabezas no quedaban más que cincuenta.

Venían los dueños en sus carros, desollaban los animales muertos, abrían unas zanjas poco profundas en la hondonada, cubrían con un poco de tierra los sangrientos despojos y se iban. El rebaño se resistía a entrar en el redil. Los terneros mugían, sintiendo la sangre y la muerte que se deslizaba invisible entre ellos.

Al amanecer, cuando Grishka, que se había quedado amarillo, abría el portón del redil con el chirrido de siempre, el rebaño salía a pastar. E inevitablemente, pasaba junto a los secos túmulos de las tumbas.

Olor a carne descompuesta, el polvo que levantaban las bestias enfurecidas, un mugido largo e impotente y el sol abrasador a su paso lento por la estepa.

Venían cazadores del *jútor*. Disparaban alrededor de la cerca de mimbre con el propósito de ahuyentar la terrible peste. Y los terneros seguían muriendo. Cada día el rebaño era más reducido.

Grishka acabó por advertir que alguna fosa había sido abierta. Huesos roídos aparecían en las inmediaciones. Y el rebaño, inquieto por las noches, se volvió asustadizo.

A altas horas, cuando mayor era el silencio, resonaba un bramido salvaje y el rebaño, rompiendo las cercas, corría alocado por el redil.

Los terneros derribaban la empalizada y, en grupos, se acercaban a la choza. Se quedaban a dormir junto al fuego, rumiaban y lanzaban hondos suspiros.

Grishka no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que una noche le despertó un ladrar de perros. Salió de la choza poniéndose la pelliza sobre la marcha. Los terneros arrimaron a él sus flancos húmedos de rocío.

Se quedó junto a la puerta, silbó a los perros y en respuesta le llegó, de la parte del barranco de las Culebras, el aullido discordante y desgarrado de los lobos. Otro aullido, más grave, contestó en los endrinos que rodeaban el cerro...

Entró en la choza y encendió la lamparilla.

—¿Oyes, Dunia?

Los prolongados aullidos se extinguieron al amanecer, a la vez que las estrellas se apagaban.

V

AL DÍA SIGUIENTE, a primera hora, llegaron Ignat el molinero y Mijej Nésterov. Grigori estaba en la choza, remendando sus botas. Los viejos entraron. El abuelo Ignat se descubrió y, arrugando los párpados, apartando la vista de los oblicuos rayos del sol que se arrastraban por el suelo de tierra de la choza, levantó la mano: quería persignarse ante el pequeño retrato de Lenin que colgaba en un rincón. Pero dándose cuenta del error, se apresuró a retirar la mano tras la espalda. Escupió rabioso.

—Ya veo... ¿No tienes aquí una imagen de Dios?...

—No...

—¿Y quién es ése que has puesto en el lugar sagrado?

—Lenin.

—Ésa es la causa de todas nuestras desgracias... Falta la imagen de Dios, por eso vino la peste...

Por eso han muerto nuestros terneros... Oh, Señor nuestro misericordioso...

—Los terneros, abuelos, han muerto porque no llamaron al veterinario.

—Antes vivíamos sin esos veterinarios vuestros... Eres tú muy listo... Mejor hubiera sido que santiguaras más tu frente impura. Entonces no habría habido necesidad de veterinarios.

Mijej Nésterov gritó, con los ojos fuera de las órbitas:

—Retira del rincón a ese Anticristo... Por tu culpa, impío sacrilego, ha muerto el rebaño.

Grishka palideció ligeramente.

— Podéis mandar en vuestra casa, pero no aquí... No hay por qué alborotar... Es el jefe de los proletarios...

Mijej Nésterov se engalló, atronó congestionado:

—Estás al servicio de la comunidad y debes hacer como nosotros queramos. Ya os conocemos...

Ten cuidado, pronto os ajustaremos las cuentas.

Salieron con los gorros echados sobre las cejas y sin despedirse.

Duniatka miró asustada a su hermano.

Dos días después el herrero Tijón llegaba del *jutor* a ver cómo se encontraba su ternera.

Puesto en cuclillas a la entrada de la choza, encendió un pitillo y explicó, sonriendo amargamente:

—Nuestra vida no puede ir peor... Han cambiado de presidente, ahora manda el yerno de Mijej Nésterov. Hacen las cosas según les conviene... Ayer hubo reparto de tierras: pues bien, en cuanto una buena parcela le tocaba a un pobre, volvían a empezar el sorteo. Otra vez vamos a tener a los ricos montados sobre nuestros hombros... Todas las tierras buenas se les han quedado para ellos, Grisha. A nosotros nos han dejado la tierra arcillosa... Juzga tú mismo...

Grigori estuvo trabajando hasta la medianoche. Con carbones, sobre alargadas hojas azafranadas de maíz, trazó sus garabatos. Escribía acerca del injusto reparto de tierras, escribía que en vez de llamar al veterinario habían tratado de combatir la peste a tiros. Y al entregar el manojito de hojas de maíz a Tijón el herrero le dijo:

—Si tienes ocasión de acercarte a la cabeza del distrito, pregunta dónde hacen el periódico Kíráсна Pravda. Les darás esto. He procurado escribir claro, tú no aplastes las hojas para que no se borre.

El herrero tomó cuidadosamente las crujientes hojas con sus dedos, requemados y negros de carbón, y las guardó en el seno, junto al corazón. Al despedirse dijo, con la misma sonrisa de antes:

—Iré a pie, acaso encuentre allí al poder Soviético... Ciento cincuenta verstas las puedo hacer en tres días. Dentro de una semana cuando vuelva, me acercaré a verte...

VI

EL OTOÑO LLEGÓ con sus lluvias y sus húmedas brumas. Duniatka había ido por la mañana al *jutor* en busca de provisiones.

Los terneros pacían al pie de la loma. Grigori, con el capotón sobre los hombros, los seguía, estrujando pensativo una flor seca de cardo. Poco antes del anochecer, tan corto en otoño, dos jinetes bajaron la cuesta de la loma.

Chapoteando en el barro, galoparon hacia Grigori.

Éste reconoció en uno de ellos al presidente, el yerno de Mijej Nésterov; el otro era el hijo de Ignat el molinero.

Los caballos estaban bañados en sudor.

—Hola, pastor...

—Hola...

—Hemos venido a hacerte una visita...

Inclinándose en la silla, el presidente tardó largo rato en desabrocharse el capote con sus dedos entumecidos. Sacó una hoja amarillenta de periódico y la desplegó al viento.

—¿Eres tú el que ha escrito esto?

Ante los ojos de Grigori bailaron las palabras que él había trazado en las hojas de maíz: sobre el reparto de las tierras, sobre lo del ganado.

—Bueno, ¡ven con nosotros!

—¿Adónde?

—Ahí, al barranco... Tenemos que hablar... —Se contrajeron los labios del presidente, morados por el frío; sus ojos miraban torvos y amenazadores.

Grigori sonrió.

—Habla aquí.

—Podemos hacerlo aquí... si quieres...

Sacó el revólver del bolsillo y dijo con voz ronca, tirando de la brida para contener al caballo, que se removía inquieto:

—¿Vas a escribir más en los periódicos, canalla?

—¿Por qué te pones así?

—¡Porque por tu culpa me van a procesar! ¿Vas a seguir escribiendo denuncias?... ¡Habla, cachorro de comunista!...

Sin esperar la respuesta, disparó a Grigori en la boca, cerrada, por el silencio.

Grigori cayó a los pies del caballo, que se había encabritado, dejó escapar un suspiro, sus dedos crispados arrancaron unas hierbas húmedas y amarillentas y quedó inmóvil...

El hijo de Ignat el molinero se apeó de un salto, cogió un puñado de tierra negra y la metió en la boca de Grigori, de la que brotaba una sangre espumante...

* * *

La estepa es ancha, nadie la ha medido. Son muchos los caminos, grandes y pequeños, que la cruzan. La noche de otoño es de una oscuridad impenetrable, y la lluvia borra por completo las huellas de los caballos...

VII

HIELA LIGERAMENTE. Anochece. Un camino de la estepa.

La marcha no es pesada para quien no lleva más que una bolsa a la espalda, con un trozo de pan de cebada, y un palo que le sirve de bastón en la mano.

Duniatka avanza por el borde del camino. Las ráfagas de viento agitan los bordes de su rota chambra y le empujan por la espalda.

La estepa se extiende inhóspita alrededor. Anochece.

Un montículo se dibuja cerca del camino. Sobre él, una choza con su techumbre desflecada de hierbas.

Se acerca con paso inseguro, como ebria, y cae de bruces en la tumba ya aplastada.

Es de noche...

Duniatka marcha por el camino frecuentado que lleva derecho a la estación del ferrocarril. Le es fácil caminar porque en la bolsa de la espalda, con el trozo de pan de cebada, lleva el libro manoseado, cuyas páginas huelen al polvo amargo de la estepa, y la camisa de lienzo de su hermano Grigori.

Cuando el corazón le rebosa de dolor, cuando las lágrimas le abrasan los ojos, entonces, procurando que nadie la vea, saca de la bolsa la camisa de lienzo sin lavar... Hunde la cara en ella y siente el olor de aquel sudor que le es tan querido... Y durante largo rato permanece inmóvil...

Las verstas se van quedando atrás. De las barrancas de la estepa sube el aullido del lobo, que parece quejarse de la vida. Duniatka, por el borde del camino, va a la ciudad, donde hay Poder Soviético, donde los proletarios estudian para en lo futuro gobernar ellos la República.

Así lo dice el libro de Lenin,

1925

EL COMISARIO DE ABASTOS

A LA CABEZA DEL DISTRITO llegó el comisario de abastos de la región.

Hablaba con prisa, con un tic nervioso en sus labios recién afeitados:

—Según las estadísticas, su distrito debe proporcionar obligatoriamente ciento cincuenta mil *puds* de grano. Usted, camarada Bodiaguin, queda designado comisario de abastos del distrito. Confío en su energía y en su espíritu emprendedor. Dispone de un mes de plazo... El tribunal extraordinario llegará aquí uno de estos días. El ejército y las capitales necesitan ese grano imperiosamente... —Se pasó la mano por la afilada y peluda nuez y apretó los dientes—. A quienes se resistan a entregarlo premeditadamente, se los fusila...

Inclinó la cabeza, rapada al cero, y se fue.

II

LOS POSTES DEL TELÉGRAFO, que a saltos de gorrion recorrian el distrito entero, dijeron: cupos de entrega.

En los *jútores* y *stanitsas*, los cosacos que habían recogido una cosecha abundante se apretaron los cinturones y decidieron todos de una vez, sin pararse a pensarlo:

—¿Entregarles el grano sin más ni más?... No lo daremos...

En los patios, en las calles, donde a cada uno le parecía mejor, abrían de noche zanjas en las que enterraban decenas y cientos de *puds* de trigo de grueso grano. Cada uno conocía perfectamente el escondrijo del vecino.

Pero guardaban silencio...

Bodiaguin recorría el distrito con su destacamento de abastos. La nieve chirriaba bajo las ruedas del carricoche, se quedaban atrás las cercas recubiertas de escarcha. Las luces del crepúsculo se apagaban. La *stanitsa* era como una de tantas, pero Bodiaguin había nacido en ella.

Las cosas habían ocurrido así: era un caluroso mes de julio, las manchas amarillas de la margarita salpicaban las lindes, estaban en plena siega. Ignashka Bodiaguin era un chico de catorce años. Eran tres a segar: el padre, un bracero y él. El padre golpeó al bracero porque éste había roto una horquilla. Ignat se acercó a las mismas barbas de su padre y le dijo, apretando los dientes:

—Eres un canalla, padre...

—¿Quién, yo?

—Sí, tú...

De un puñetazo tiró al suelo a Ignat, luego le golpeó con la cincha hasta hacerle sangre. Aquella tarde, a la vuelta del campo, el padre cortó en el huerto un palo de cerezo, lo alisó y, acariciándose la barba, lo puso en las manos de Ignat:

—Vete, hijo, a pedir limosna. Cuando te hayas vuelto una persona sensata, vuelve —y dejó ver una sonrisa irónica.

Así había ocurrido. Y ahora el carricoche rodaba junto a las cercas cubiertas de escarcha, corrían hacia atrás las techumbres de paja y los postigos pintarrajeados. Bodiaguin miró los álamos que crecían delante de la casa de su padre, el gallo de chapa que lanzaba su grito mudo en lo alto del tejado; sintió que un nudo se le hacía en la garganta y que se le cortaba la respiración. Aquella noche preguntó al dueño de la casa en que se alojaba:

—¿Sigue vivo el viejo Bodiaguin?

El dueño, que estaba reparando los aparejos, acabó de enhebrar el cabo con sus dedos embadurnados de pez, y arrugó los párpados:

—No piensa más que en enriquecerse... Se ha buscado otra mujer, la vieja murió hacia tiempo, el hijo no se sabe por dónde anda. Pero ese vejstorio anda siempre metido en lios de faldas...

Y cambiando de tono, ya en serio, agregó:

—Como labrador no hay nada que decir, es hacendoso... ¿Es por un acaso conocido suyo?

Por la mañana, mientras se desayunaban, el presidente del tribunal revolucionario dijo:

—Ayer dos ricos hicieron en la asamblea propaganda para que los cosacos no entreguen el trigo... Al practicar un registro en sus casas ofrecieron resistencia, golpearon a dos soldados rojos. Celebraremos el juicio en público y los llevaremos al paredón...

III

EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL, Un antiguo tonelero, dijo desde el escenario de la casa del pueblo, como si colocase un sonoro aro en una cuba:

—Serán fusilados...

Se llevaron a los dos hacia la salida... En el segundo, Bodiaguin identificó a su padre. Siguió con la vista su cuello, surcado de arrugas y quemado por el sol, y salió a continuación.

En el portal dijo al jefe de la guardia:

—Tráeme a ése, al viejo.

Se acercó el viejo con aspecto abatido, reconoció a su hijo y en sus ojos brilló una chispa, que se apagó al instante. Sus ojos se ocultaron bajo el hirsuto centeno de las cejas.

—¿Con los rojos, hijo?

—Con ellos, padre.

—Ya... —Apartó la vista.

Guardaron silencio.

—Hace seis años que no nos veíamos, padre. ¿No tenemos nada de qué hablar?

El viejo, colérico y tozudo, mostró ceño.

—Casi, casi... Nuestros surcos se han separado. Porque defiendo lo que es mío me van a fusilar, porque no permito que se acerquen a mi granero soy un contrarrevolucionario. ¿Y los que se apropian de lo ajeno con la ley en la mano? Robad, tenéis la fuerza.

La piel de los salientes pómulos del comisario de abastos Bodiaguin adquirió un tinte terroso.

—A los pobres no los robamos; nos apropiamos de las riquezas acumuladas con el sudor ajeno. ¡Tú eres el primero que chupó la sangre a los braceros!

—Yo mismo trabajé día y noche. ¡No como tú, que has ido por ahí haciendo el gandul!

—El que trabajó mira con simpatía al poder de los obreros y campesinos. Tú los recibiste con una tranca en la mano... No dejaste que se acercaran a la cerca... Por eso es por lo que van a fusilarte...

Al viejo se le escapó un ronquido. Dijo con voz sorda, como si rompiera el fino hilo que hasta entonces los mantuviera unidos:

—Ni tú eres hijo mío, ni yo soy tu padre. Por esas palabras contra tu padre, seas tres veces maldito, caiga sobre ti el anatema... —lanzó un escupitajo y echó a andar en silencio. Luego se volvió en redondo y gritó provocativamente—: Espera, Ignashka!... Acaso no nos volvamos a ver, hijo de perra... Desde el Jopior vienen los cosacos a cortarle el cuello a tu poder. Si no muero, y que la Virgen santísima me conserve la vida, yo mismo te arrancaré el alma con mis manos.

* * *

A la caída de la tarde en las afueras de la *stanitsa*, el grupo torció junto al molino de viento hacia el arenal que servía de muladar. El comandante de la guardia, Teslenko, sacó la pipa y dijo brevemente:

—Colocaos al borde de la zanja...

Bodiaguin miró el trineo, con los patines hundidos en la nieve violácea al borde del camino, y dijo con acento sincero:

—No te enfades, padre...

Esperó la respuesta.

Silencio.

—Una... dos... ¡tres!...

El caballo se hizo atrás, el trineo chirrió asustado por los baches del camino, y durante largo rato se agitó aún, atrás y adelante, el arco pintado del aparejo, por encima de la capa azulina de la nieve de otoño.

IV

LOS POSTES DEL TELÉGRAFO, que a saltos de gorrion recorrian el distrito entero, dijeron: levantamiento en el Jopior. Los comités ejecutivos han sido incendiados. Parte del personal ha muerto, el resto se ha dispersado.

El destacamento de abastos se retiró a la cabeza del distrito. Bodiaguin y el comandante de la guardia del tribunal revolucionario, Teslenko, se quedaron al objeto de acelerar el envío de los últimos carros de trigo a los depósitos generales. El día amaneció revuelto. Los copos se arremolinaban, enturbiando el aire de la *stanitsa*. A media tarde una veintena de jinetes llegaron al galope a la plaza. El poblado, desaparecido bajo la nieve, se estremeció al toque de rebato. Relinchos, ladridos, el grito ronco de las campanas...

Era el levantamiento.

Dos jinetes cruzaron con gran esfuerzo la calva aplastada del montículo. Al pie de la cuesta, el patear de caballos sobre el puente. Un grupo de jinetes. El que iba en cabeza, de gorro alto de oficial, sacudió un fustazo a su montura, una yegua larga de remos de pura sangre.

—¡No escapan los comunistas!...

Al otro lado del montículo, Teslenko, un ucraniano de bigotes caídos, dio un tirón de las bridas de su caballo kirguizo, robusto y de poca alzada.

—¡No nos alcanzarán!

Procuraban no cansar los caballos. Sabían que por delante los aguardaban treinta verstas de camino accidentado.

A sus espaldas, los perseguidores se habían desplegado. La noche aparecía por poniente, inclinada tras la línea del horizonte. A tres verstas de la *stanitsa*, en una barranca, Bodiaguin vio el bulto de una persona sentada en un revuelto montón de nieve. Se acercó y gritó con voz ronca:

—¿Qué demonios haces aquí?

Era un chiquillo menudo, como fundido en cera azulada. Bodiaguin levantó la fusta, el caballo, tirando de la cabeza, se acercó bailando.

—¿Quieres quedarte helado, hijo de Satanás? ¿Qué te ha traído hasta aquí?

Sé apeó, se inclinó y oyó un murmullo confuso:

—Tengo frío... Soy huérfano... pido limosna por ahí. Escondió estremecido la cabeza en los bajos de una andrajosa chaqueta y quedó inmóvil.

Bodiaguin desabrochó en silencio su pelliza, envolvió en los faldones el frágil cuerpecillo y durante largo rato estuvo tratando de subir al caballo, que se resistía nervioso.

Prosiguieron el galope. El chiquillo, al abrigo de la pelliza, pareció reanimarse, entró en calor; sus manos se agarraban con fuerza al cinturón de cuero. La marcha de los caballos se reducía

sensiblemente. Su respiración era fatigosa, resoplaban violentamente al oír el ruido de cascos que se acercaban a sus espaldas.

Teslenko, a través del viento que les cortaba la cara, gritó, agarrando la crin de la montura de Bodiaguin:

—¡Deja al chico! ¿No oyes, diablo? Déjalo, que nos van a alcanzar... —añadió con una soez blasfemia, y dió un fustazo en las manos violáceas de Bodiaguin—. Si nos alcanzan, somos muertos... ¡Así os consumáis al fuego tú y tu chiquillo!...

Los caballos avanzaban con las bocas espumantes casi pegadas. Teslenko siguió golpeando hasta que la sangre brotó de las manos de Bodiaguin. Los dedos agarrotados de éste sujetaban el blando cuerpecillo, la brida había quedado abandonada en el arzón, quiso desenfundar el revólver.

—¡No dejaré al chico, se helaría!...

El ucraniano de bigotes grises tiró de la brida, comentando con voz llorosa:

—¡Es imposible escapar! ¡Se acabó!...

Los dedos parecían ajenos, no obedecían. Rechinando los dientes, Bodiaguin ató al pequeño de través en la silla, con una correa. Probó si quedaba bien sujeto y sonrió:

—¡Agárrate a la crin, cabeza gorda!

Con la vaina del sable dió un fuerte golpe en la grupa sudada del caballo. Teslenko metió dos dedos bajo sus bigotes caídos y lanzó un penetrante silbido. Durante largo rato estuvieron siguiendo con la vista a los animales, que se alejaban rápidos, ahora aligerados de su carga. Se tumbaron uno junto a otro. Una descarga seca recibió a los gorros de piel de carnero que asomaban del otro lado de la elevación vecina...

* * *

Permanecieron tirados tres días. Teslenko, en sucios calzoncillos de punto, mostraba al cielo un cuajarón de sangre helada que le salía de la boca, rajada hasta las orejas. Sobre el pecho desnudo de Bodiaguin saltaban sin temor alguno unas aves moñudas de la estepa, picoteando los granos de avena de que habían llenado las cuencas vacías de los ojos y el vientre abierto a sablazos.

1925

EL CORAZÓN DE ALIOSHKA

DOS VERANOS SEGUIDOS la sequía había dejado negros los campos de los mujiks. Dos veranos seguidos que un fuerte viento soplabá del Este, desde las tierras kirguisas, agitando las espigas enrojecidas y secando los ojos de los mujiks, fijos en la abrasada estepa, las lágrimas punzantes del mujik. Tras el viento venía el hambre. Alioshka se la imaginaba como un hombre grande y sin ojos: caminaba por los descampados, buscaba con las manos en los caseríos y aldeas, estrangulaba a la gente. Sus sarmentosos dedos se aprestaban a aplastar el corazón de Alioshka.

A Alioshka le había quedado un vientre abultado, los pies hinchados... Apretaba con el dedo su pantorrilla, violácea, y en un principio se le formaba un hoyo blanco; luego, poco a poco, alrededor del hoyo le aparecían como unas ampollas, y el lugar donde apretó era invadido por una sangre terrosa.

Las orejas de Alioshka, la nariz, los pómulos, la barbilla quedaban cubiertos por una piel tirante que no podía ser más; y la piel era como la corteza seca del cerezo. Sus ojos se habían hundido tanto que las órbitas parecían vacías. Alioshka tenía catorce años. Hacía cinco meses que no veía el pan, Alioshka se hinchaba de hambre.

Una mañana temprano, en que la sibirka en flor expande al pie de las cercas su olor empalagoso a miel, cuando las abejas se columpian ebrias en sus flores amarillas y cuando la mañana, bañada por el rocío, resuena con un silencio transparente, Alioshka, tambaleándose a los embates del viento, llegó a duras penas hasta la zanja. Jadeante, la cruzó con gran esfuerzo y se sentó junto a la cerca. La alegría le producía un dulce mareo, en la garganta se le hizo un nudo de ansia. La cabeza le daba vueltas porque al lado de sus pies, inmóviles y azulencos, yacía el cadáver de un potrillo, todavía caliente.

La yegua del vecino estaba preñada. En un descuido de los dueños, el toro de la dula le había dado una cornada, abriéndole las tripas: la yegua había malparido. El potrillo estaba allí, al pie de la cerca, todavía caliente, envuelto en el vapor de la sangre. Alioshka, sentado, con las palmas huesudas apoyadas en el suelo, se reía, se reía...

Trató Alioshka de levantarlo entero, pero le fallaron las fuerzas. Volvió a casa y cogió un cuchillo. Mientras llegó a la cerca, en el lugar donde estaba el potrillo se habían amontonado los perros, que se peleaban y arrastraban por la tierra polvorienta los trozos de carne sonrosada. De la boca, contraída, se le escapó un grito. A tropezones y agitando el cuchillo, corrió hacia los perros. Reunió en un montón todo, hasta el último trozo de intestino y, en varios viajes, lo llevó a su casa.

Aquella tarde, una indigestión de aquella carne fibrosa produjo la muerte de la hermana menor de Alioshka, una niña de ojos negros.

La madre quedó largo rato echada de bruces en el piso de tierra; luego se levantó, se volvió hacia Alioshka y dijo, moviendo sus labios color de ceniza:

—Cógela de los pies...

La levantaron. Alioshka de los pies y la madre de la rizada cabecita, la llevaron a la zanja y la cubrieron de una leve capa de tierra.

Al día siguiente, el chiquillo del vecino vio a Alioshka que se arrastraba por el sendero y dijo, hurgándose la nariz y mirando a otra parte:

—Alioshka, nuestra yegua ha malparido y los perros se comieron el potro...

Alioshka guardó silencio, apoyado en el portón.

—Y a vuestra Niuratka los perros la han desenterrado de la zanja y le han comido las entrañas...

Alioshka dió la vuelta y se alejó sin decir nada ni mirar atrás.

El chicuelo, saltando sobre un pie, le gritó mientras se alejaba:

—Nuestra madre dice que a los que entierran sin pope y fuera del cementerio se los comen los diablos en el infierno... ¿Oyes, Alioshka?

* * *

Pasó una semana. Las encias de Alioshka empezaron a supurar. Por las mañanas, cuando para calmar las náuseas del hambre masticaba unas cortezas resinosas, los dientes se le movían y bailaban, y un espasmo le oprimía la garganta.

La madre, que llevaba tres días sin levantarse, murmuró:

—Alioshka, ve a coger unas hierbas al huerto...

Las piernas de Alioshka parecían dos briznas. Él las miró recelosamente y se echó de espaldas. El dolor que le atravesaba las encias le obligó a alargar las palabras:

—No puedo ir, madre... El viento me tira al suelo...

Ese mismo día Polka, la hermana mayor de Alioshka, vio que una vecina rica —a la que llamaban la Makárchija— se disponía a ir al otro lado del río a escardar. Siguió con la mirada el pañuelo amarillo que se alejaba por entre los huertos y, saltando por la ventana, se metió en la casa. Acercó un banquillo al horno, metió la cabeza en él y se dio un atracón de la sopa de col que encontró en el puchero; los trozos de patata los sacó con los dedos. Con el estómago lleno, se quedó dormida tal como estaba: con la cabeza descansando en el horno y los pies apoyados en el banquillo. A la hora de la comida volvió la Makárchija, que era una mujer robusta y de mal genio. Al ver a Polka lanzó un chillido, con una mano agarró los pelos revueltos de la muchacha y con otra, que había empuñado una plancha, sin despegar los labios, golpeó una vez y otra en la cabeza, en la cara, en el pecho, hundiéndose y sonoro.

Desde su patio, Alioshka vio a la Makárchija que, después de asomarse a mirar, sacaba a Polka arrastrándola de los pies. Las faldas se le habían subido a Polka por encima de la cabeza, el pelo barría el polvo y dejaba en el patio un rastro de sangre.

A través de la cerca de mimbre, sin pestañear, Alioshka vio que la Makárchija tiraba a Polka a un pozo viejo y echaba apresuradamente tierra encima.

* * *

De noche, el huerto se ve invadido por el olor a tierra húmeda, a ortiga, y por el embriagador aroma de la adormidera. A lo largo de la cerca medio desvencijada, los lampazos montan su guardia perpetua.

Es de noche. Alioshka ha salido al huerto y mira largamente al patio de la Makárchija, los ventanucos cubiertos de placas de mica, las salpicaduras de la luna en el ramaje desmelenado de los huertos, y se acerca silencioso al portón de la Makárchija. Al pie del granero resuena una cadena y gruñe el perro atado a ella.

—¡Cállate!... Serko... Serko...

Juntando los labios, Alioshka lanza un leve silbido y el perro se apacigua.

Alioshka no se dirigió al portillo, sino que saltó la cerca y a tientas, arrastrándose, llegó hasta la cueva, cubierta de hierbajos y ramas. Con el oído atento, quedó a la escucha del ruido de la cadena. La cueva no es taba cerrada. Levantó las tablas y, encogido, bajó la escalera.

Alioshka no vio cuando la Makárchija salía de la cocina de verano. Recogiéndose la camisa, llegó a saltos hasta el carro que había en medio del patio, sacó de él una estaca y se dirigió hacia la cueva. Asomó la desgredada cabeza por el hueco, mientras Alioshka, con los ojos turbios y cerrados, sin oír otra cosa que los fuertes latidos de su corazón, sin tomar aliento, bebía la leche guardada en un jarro.

—¡Ojalá se te atragante!... ¿Qué haces ahí, hijo de perra? El jarro, convertido en una pesa de plomo, se escurrió de los helados dedos de Alioshka y se rompió en mil pedazos al chocar con el borde del último peldaño.

La Makárchija cayó echa una pelota en la cueva...

* * *

Sin el menor esfuerzo, levantó a Alioshka agarrándolo por las axilas y con los labios apretados, salió al callejón, siguió al amparo de las cercas hasta el río y tiró el cuerpo desmadejado en el fango de la orilla, junto al agua.

Al día siguiente era la Trinidad. El suelo de la casa de la Makárchija estaba cubierto de ajedrea y de hierba de la Virgen. A primera hora había ordeñado a la vaca y la había echado a la dula. Sacó del arca la pañoleta de colorines, de flecos, se la puso y se encaminó a ver a la madre de Alioshka. La puerta del zaguán estaba abierta de par en par; del cuarto, sin barrer, salía un olor pestilente. Entró. La madre de Alioshka estaba en la cama, con las piernas encogidas, y con la mano se resguardaba de la luz. La Makárchija se persignó devotamente ante el icono, ennegrecido por el humo.

—Buenos días, Anísimovna.

Silencio. Anísimovna estaba con la boca torcida, las moscas formaban negras manchas en sus mejillas y volaban con sordo zumbido sobre los labios. La Makárchija dio un paso hacia la cama.

—Madrugas, muy poco, querida... Venía a preguntarte si quieres vender la casa. Ya sabes que tengo una moza en edad de casarse, querría buscarle un sitio para cuando se presente el yerno... Pero ¿me oyes?

Le tocó la mano y sintió que un frío punzante la abrasaba. Lanzó una exclamación y quiso escapar de la muerta, pero en la puerta estaba Alioshka, más blanco que la cera. Permanecía agarrado al marco, todo manchado de sangre y de fango del río.

—Estoy vivo, tía... no me mates... no lo haré más.

* * *

Anochece. Alioshka caminaba a través de las calles engalanadas con los rizosos tapices de polvo, a través de la plaza. Pasó a lo largo de la valla semiderruida de la iglesia, buscando la sombra. Cerca de la escuela, bajo las ceñudas acacias, se tropezó con el pope. Éste salía de la iglesia, encorvado por el peso de un saco de pastelillos y carne en salazón. Alioshka, torciendo los labios, pidió con voz ronca:

—Una limosna por el amor de Dios...

—Dios te socorrerá... —contestó el pope, que siguió su camino, encorvado y enredando los pies en los faldones de la sotana.

A la orilla del río, en los cobertizos y graneros de ladrillo había trigo. La casa era de techumbre de chapa. Era la oficina número 32 del Comisariado de Abastos del Don. En uno de los cobertizos había una cocina de campaña y dos cochecillos de dos ruedas con cajas de munición. Junto a los graneros, pasos y los aguijones sucios de las bayonetas. La guardia.

Alioshka aguardó a que el centinela estuviese de espaldas y se introdujo en uno de los graneros (por la mañana había visto que por entre las rendijas salía el trigo como un chorro amarillo). Tomó un puñado de duro grano y masticó con avidez. Una voz a sus espaldas le hizo volver a la realidad:

—¿Quién anda por ahí?

—Yo...

—¿Quién eres?

—Alioshka...

—Ea, sal...

Alioshka se puso en pie, cerró los ojos y se tapó la cara con las manos, a la espera del golpe. Así permanecieron largo rato... Luego, una voz bondadosa gruñó:

—Ven conmigo, Alioshka. Tengo trigo cocido.

Alioshka pudo ver unas gafas de cristales sucios que cabalgaban en una nariz encorvada y una sonrisa que no tenía nada de enfado. El de las gafas caminaba a largos pasos, con unas piernas tan largas que parecían zancos; Alioshka le siguió entre tropezones. En la oficina, la segunda puerta de la derecha del pasillo ostentaba esta inscripción:

«Comisario político Sinitsin»

Entraron. El de las gafas encendió una lamparilla de aceite, se sentó en un taburete, abriendo ampliamente las rodillas, y alargó a Alioshka una escudilla de trigo cocido, en la que echó aceite de girasol. Se quedó mirando cómo se movían las mandíbulas de Alioshka y cómo le subían y bajaban los músculos de la cara al masticar. Luego se levantó y cogió la escudilla. Alioshka la agarró por el borde con sus dedos cubiertos de verrugas. Gritó, sacudiendo la cabeza:

—¿Te da pena que coma más, avaricioso?

—No me da pena, cabeza de alcornoque, pero si te hartas podrías reventar.

* * *

Apenas había amanecido cuando Alioshka se presentó en el patio de la oficina de Abastos. Se sentó en los rotos peldaños del portal y, dando diente con diente, aguardó hasta la salida del sol a que rechinase la puerta con la inscripción «Comisario político Sinitsin» y en el umbral apareciese el de las gafas.

El sol había cruzado por encima de los cobertizos de ladrillo cuando el de las gafas se levantó. Salió al portal y arrugó la nariz:

—¿Eres tú el que huele mal, Alioshka?

—Quiero comer... —gruñó Alioshka, y miró al de las gafas de abajo arriba.

—Ahora haremos unas gachas, pero... hueles que apestan, Alioshka Popóvich¹.

Alioshka explicó en tono sencillo y práctico:

—La Makárchija quiso matarme, ahora tengo calentura, y me han salido gusanos en la cabeza...

El de las gafas palideció.

—¿Te han salido gusanos?

—Sí, en la cabeza... Me pican mucho...

Alioshka levantó el puñado de cáñamo que le cubría, hecho un pegote de sangre, y el de las gafas miró la herida redonda bordeada de pus. En la parte de dentro vio las cabezas aguzadas de unos gusanos blancos y lanzó un gemido, inclinándose por la barandilla del portal.

Alioshka cobró ánimos y dijo:

—Mira... sácamelos con un palito y en el agujero echa petróleo... Con el petróleo se morirán, ¿no crees?

El de las gafas hurgó con un palito aguzado, sacando de la herida los escurridizos gusanos, mientras que Alioshka enseñaba los dientes y daba patadas en el suelo.

Lazos de amistad se establecieron desde entonces entre ellos. Cada día, Alioshka se acercaba a la oficina de Abastos y comía una escudilla de gachas de avena aderezadas con aceite. Comía mucho y con avidez, y siempre sentía en él, inquieto, una mirada cariñosa e inquisitiva.

* * *

Al otro lado del camino, más allá del muro que formaba el maíz con sus crujientes mazorcas, el centeno acabó de perder la flor. Las espigas se llenaron con un gran grueso y cerúleo. Todos los

¹ Uno de los paladines de las viejas leyendas rusas.

días, Alioshka sacaba a pastar a la estepa, por junto a los campos de cereal, los caballos de la oficina de Abastos. Sin trabarlos, los dejaba sueltos por las laderas cubiertas de ajeno y de estipa, de penachos grandes y grises, y él se acercaba al centeno. Los tallos, ya muy altos, se apretaban acogedores, ofreciendo un lugar, y Alioshka se tumbaba con cuidado, procurando no aplastarlos. Echado sobre sus espaldas, desgranaba las espigas en la palma de la mano y comía hasta hartarse aquel grano suave y oloroso, henchido de una leche blanquecina.

Un día, Alioshka sacó los caballos a la estepa. Durante largo rato anduvo alrededor de una yegua guita, tratando de quitarle los cardos de la crin y de limpiarle la piel de las cortezas que la cubrían. El animal enseñaba los ennegrecidos dientes, tratando de morderle y de darle una coz. Alioshka consiguió agarrarla de la cola cuando a sus espaldas oyó una voz:

—Hola, Alioshka... Basta de hacer el vago. ¿Quieres venir a trabajar conmigo? Te daré la comida; bueno, y también el calzado.

Alioshka soltó la cola de la yegua y volvió la cabeza. Iván Alexéiev, un rico del pueblo, le miraba sonriente.

—¿Quieres colocate de criado conmigo? Te daré de comer bien, lo que se dice una buena comida... Leche y todo lo demás.

Sin pararse a pensarlo, contento de encontrar trabajo y pan, Alioshka dijo:

—Acepto, Iván Alexéiev.

—Conforme, preséntate con tus cosas esta tarde.

Y la camisa desteñida de Iván Alexéiev se perdió entre los maizales.

Al que está desnudo le cuesta poco vestirse; le basta con apretarse el cinturón. Alioshka no tenía a nadie en el mundo. Todos sus bienes eran unas piedras. Todo cuanto poseían, había sido vendido antes de la muerte de su madre a los vecinos: la casa, por nueve puñados de harina; las dependencias, por un poco de mijo; el huerto lo había comprado la Makárchija por un jarro de leche. Lo único que a Alioshka le quedaba era el chaquetón del padre y las remendadas botas de fieltro de la madre.

La dula volvió del campo y Alioshka se dirigió a la casa de Iván Alexéiev. Sobre un terliz que la dueña había extendido junto a la cocina de verano, toda la familia se había reunido a cenar. Alioshka sintió que hasta él llegaba el olor a carne de cordero. Tragando saliva, se quedó a la espera, mientras hacía una pelota de la gorra y pensaba: «Si por lo menos me hiciese sentar la dueña a cenar con ellos...» Pero la mujer, no era de esas trazas. Sin cesar de hacer ruido con los pucheros, gritó:

—¡Otra boca más que has traído! Comerá más de lo que trabaje. Dile que se vaya con Dios, Iván. ¡En los tiempos que corren no lo necesitamos para nada!

—¡Calla, mujer! Sin rechistar, haz lo que se te dice.

Iván Alexéiev se limpió la barba con la manga de la camisa.

La conversación no pasó de ahí.

Alioshka estaba acostumbrado al trabajo. Con su madre iba ya al campo, desde los siete años sabía guiar la yunta y retorcerles el rabo a los bueyes. A dormir se quedó en el cobertizo. Aquella misma noche se acercó el amo y le dijo, echando una bocanada de aire que apestaba a cebolla:

—Escucha, hijo de perra, si se te ocurre fumar aquí te retorceré el pescuezo con mis propias manos. ¡Mucho cuidado!

—Yo no fumo, tío...

—Pues mucho ojo...

Se marchó. Alioshka no podía conciliar el sueño. Lo mismo le ocurrió la segunda noche. Después del trabajo en el campo le dolían los brazos y las piernas, se sentía molido y el sueño no venía. Al tercer día, muy de mañana, se acercó a la oficina. El de las gafas se estaba lavando en el portal, entre carraspeos y resoplidos.

—¿Dónde te has perdido, Alexei?

—Me he puesto a trabajar.

—¿Con quién?

—Con Iván Alexéiev, que vive a la salida del pueblo.

—Está bien, hermano, acércate esta tarde. Hablaremos de esas cosas.

Por la tarde, después de abreviar a los animales, Alioshka se dirigió a la oficina. El de las gafas estaba buscando entre sus libros.

—¿Sabes leer, Alexei?

—Estudié en la escuela parroquial. Sé firmar.

—Ven conmigo.

Siguieron pasillo adelante. En la puerta del fondo había escrito con tiza algo extraño que Alioshka no pudo entender: «Club de la U.J.C.R.»¹. El de las gafas entró, Alioshka le siguió con paso tímido. En el cuarto, una pieza de reducidas proporciones, había retratos y una bandera de un rojo desteñido. Varios muchachos conocidos. Leían en voz alta un folleto, volvieron la vista al oír el chirrido de la puerta y de nuevo quedaron agrupados en torno a la mesa, atentos a la lectura. Alioshka se unió a los que escuchaban. Se trataba de las normas a seguir cuando alguien contrataba a un bracero y de otras muchas cosas. Cuando Alioshka volvió del club era ya medianoche. Durante largo rato dio vueltas en la manta hecha un andrajo sobre la que se acostaba. Apuntaba ya el día y la luna en cuarto creciente seguía mirándole fijamente a los ojos.

* * *

Iván Alexéiev decía a Alioshka:

—A ver si trabajas de prisa, hijo de perra... A la primera vez que vea que haces el vago, te echaré a la calle... Y entonces a ver si revientas...

Alioshka trabajaba en la siega de heno y en la trilla, cuidaba los animales. Mientras tanto, Iván Alexéiev, con las manos metidas en el cinturón de paño rojo, se paseaba por el patio, dejando ver una ligera sonrisa.

Un día de fiesta le interpeló el vecino:

—Buenos días, Iván Alexéiev.

—Buenos días.

—¿Has perdido la poca conciencia que te quedaba?

—¿A qué te refieres?

—A lo que estás haciendo... Haces trabajar a Alioshka como si fuese un caballo... Vas a conseguir que reviente el muchacho. Acabarás por cargar con ese pecado...

—Cuidate de tus cosas, vecino, y no metas la nariz en las ajenas. ¿Sabes lo que te digo? Que te vayas con la p... de tu madre...

Le volvió la espalda al vecino y se alejó con continente grave, balanceándose; al dar la vuelta al cobertizo lanzó una retahíla de furiosos juramentos. De momento, hasta que las cosas cambiasen, trataba de ocultar lo que llevaba en lo más íntimo de sus pensamientos.

A partir de entonces procuró hacer cuanto mal pudiera al vecino, un campesino pobre que no tenía ni siquiera un caballo: en cuanto veía que la miserable vaca de éste se metía en sus tierras, se la llevaba y la tenía atada dos días enteros sin darle de comer. Y a Alioshka todavía le cargó más de trabajo, y al menor descuido le zurraba la badana.

Alioshka pensó en quejarse al de las gafas, pero no lo hizo, temeroso de que Iván Alexéiev le pusiera en la calle. Se calló. Durante las noches, cortas y calurosas bajo el entramado del cobertizo, mojaba la almohada con el amargor de las lágrimas; y todas las tardes, en cuanto acababa de dar de beber a los animales, por la era, escondiéndose tras las cercas, corría hasta el club. Allí encontraba siempre al de las gafas. Éste sonreía, mirándole por encima de los sucios cristales, y le daba unas palmadas en la espalda.

¹ Unión de Juventudes Comunistas de Rusia. Komsomol.

Un domingo, Alioshka llegó al club más temprano que de costumbre. La reducida habitación estaba de bote en bote; todos iban armados con fusiles. El de las gafas llevaba al cinturón la funda de una pistola, sujeta con un cordoncillo trenzado, y una cosa brillante que parecía una botella.

Al ver a Alioshka, se acercó sonriente.

—Una banda ha aparecido en nuestro distrito, Alexei. En cuanto se presenten en el pueblo, ven a defender el club.

Alioshka quiso preguntar detalles, pero había mucha gente y no se atrevió. A la mañana siguiente, mientras estaba engrasando la segadora, vio que el amo salía de la cocina de verano y se dirigía hacia él. El corazón le dio un vuelco: el amo venía cejijunto y se tiraba de la barba. No creía haber incurrido en falta, pero Alioshka tenía miedo al amo, siempre dispuesto al castigo. Se acercó a la segadora:

—¿Adónde vas por las noches, canalla?

Alioshka permaneció mudo. El bote de aceite con que estaba engrasando la máquina le temblaba entre los dedos.

—Te pregunto que adónde vas.

—Al club...

—¿Al club, eh?... ¿Y esto, no lo has probado nunca, hijo de mala madre?

El puño del amo, cubierto de unos pelos amarillos, era pesado como una maza. Descargó un golpe en la nuca de Alioshka, que cayó de bruces sobre las aspas de la trilladora; le pareció que un haz de chispas brotaba de sus ojos.

—¡Eso se tiene que acabar!... De lo contrario, puedes largarte de aquí. No quiero de ti ni el rastro... —Mientras aparejaba los caballos a la segadora, el amo no cesó de gruñir—. Lo tomé por pura lástima y él se junta con esos granujas. Pondrán otras autoridades que saldrán en defensa de este miserable... Si te acercas otra vez por allí, te daré una paliza que te dejará recuerdo para toda la vida...

Los dientes de Alioshka eran escasos y grandes, pero su corazón era sencillo, jamás había guardado rencor a nadie. Su madre acostumbraba a decirle:

—Cuando yo me muera, Alioshka, no sabrás defenderte.

Los polluelos te cubrirán de estiércol. ¿A quién has salido? Tu padre tenía un genio que le hizo dar con él en la mina... Nada le arredraba... Tú dejas que los chicos te peguen, y más tarde te pegarán todos...

El corazón de Alioshka era bondadoso, no guardaba rencor ni siquiera al amo: ¿no le daba un trozo de pan? Alioshka se levantó y descansó unos instantes. El amo puso de nuevo en juego el puño: al caer sobre la segadora había vertido el aceite... A tranças y a barrancas pasó el día. Alioshka se tumbó sobre la manta y se tapó la cabeza con la almohada...

Se despertó de madrugada. En la calleja resonaban unos cascos de caballo, que dejaron de oírse delante del portón.

Se oyó la anilla del portillo. Unos pasos, y alguien llamó a la ventana:

—Patrón... —dijo a media voz.

Alioshka aguzó el oído: crujió la puerta y apareció Iván Alexéiev. Durante un buen rato estuvieron cuchicheando.

—Hay que darles un pienso a los caballos... —llegó hasta el cobertizo.

Alioshka levantó la cabeza y vio que dos hombres, vestidos con sendos capotes, hacían entrar en el patio a sus caballos ensillados y los ataban en la barandilla del portal. El amo y uno de ellos se dirigieron a la era. Al pasar por delante del cobertizo, Iván Alexéiev se asomó y preguntó en voz baja:

—¿Duermes, Alioshka?

Alioshka se acurrucó y lanzó un leve ronquido por la nariz. Siempre atento, levantó ligeramente la cabeza.

—Es un chico que vive conmigo... No es de fiar...

Cinco minutos después rechinó el portillo de la era. El amo traía una brazada de heno, seguido de uno de los desconocidos, que hacía resonar el sable y se enredaba en los faldones del capote. Las voces llegaron a Alioshka roncas y apagadas:

—¿Tienen ametralladoras?

—¿De dónde las van a sacar?... Hay dos secciones de rojos en el patio de la oficina... Nada más... Bueno también están el comisario político y los pesadores...

—Mañana a medianoche os haremos una visita... Estamos reunidos en el bosque Kazenni... Los degollaremos a todos si conseguimos dar un golpe de sorpresa...

Cerca del portal relinchó un caballo. El otro desconocido del capote gritó colérico:

—¡Cállate, maldito!...

Se oyó el ruido de un fustazo y el repiqueteo de los cascos del animal.

Al amanecer empezaba a barrer las sombras cuando del patio de Iván Alexéiev salían los dos jinetes y, al trote corto, se alejaban por el camino del bosque Kazenni.

* * *

Por la mañana, Alioshka apenas si probó bocado. Permanecía quieto, sin levantar los ojos. El amo le miró receloso.

—¿Por qué no comes?

—Me duele la cabeza.

A duras penas aguardó a que el desayuno terminase. Procurando no ser visto, se acercó a la era, saltó la cerca y, al trote, se dirigió a la oficina. Como una ráfaga de viento, semetió en la habitación del comisario político Sinitsin, cerró la puerta y se detuvo en el umbral, apretándose con las manos el corazón, que le repiqueteaba como un tambor.

—¿De dónde vienes, Alioshka?

Confusamente, Alioshka contó la visita que el amo había tenido aquella noche, los fragmentos de la conversación que había escuchado. El de las gafas escuchó sin decir una sola palabra, luego se puso en pie y dijo cariñosamente a Alioshka:

—Espérame aquí... —y salió.

Así estuvo Alioshka como cosa de media hora en el cuarto del de las gafas. En la ventana zumbaba enfadada una avispa, en el suelo se removían los mechones de la luz del sol. Al oír en el patio unas voces, Alioshka se asomó a la ventana. En el portal estaban el de las gafas y dos soldados rojos, entre los cuales se encontraba su amo, Iván Alexéiev. La barba de este último temblaba y sus dientes no cesaban de saltar:

—Es una denuncia de alguien que me quiere mal...

—Eso se verá...

Nunca había visto Alioshka así al de las gafas: sus cejas se habían juntado y tras los cristales de las gafas sus ojos tenían un brillo duro. Abrió la puerta de un granero, se hizo a un lado y dijo severamente a Iván Alexéiev:

—Entra...

Encorvándose, el amo de Alioshka desapareció en el granero. La puerta se cerró de golpe a sus espaldas.

* * *

—Fíjate bien: así y así, y luego de esta manera y de ésta, y la vaina sale despedida. Aquí se coloca el cargador...

Rechina el cerrojo del fusil bajo la mano del de las gafas, mira a Alioshka por encima de los cristales y sonríe.

La oscuridad se extendió sobre el pueblo como un charco de pez. Los soldados rojos permanecían cuerpo a tierra en la plaza, a lo largo de la tapia de la iglesia. Junto al de las gafas se encontraba Alioshka. La correa de su fusil despedía un penetrante olor a cuero, la culata estaba húmeda del relente de la noche...

Hacia las doce, a la salida del pueblo, cerca del cementerio, ladró un perro, luego otro, y a continuación, de súbito, los oídos se llenaron con el retumbar de los cascos de los caballos. El de las gafas, rodilla en tierra, apuntó al otro extremo de la calle y gritó:

—Compañía... ¡fuego!

¡Ta-a-ac! ¡Tac! ¡Tac!...

Al otro lado de la tapia, el eco repitió en frase confusa y rápida: ¡a-a-ac!

Alioshka accionó el cerrojo en dos tiempos, la vaina salió despedida y de nuevo escuchó la ronca voz de mando: «Compañía, ¡fuego! ».

Al otro lado de la calle se armó un coro de imprecaciones, de disparos, de relinchos de caballos. Alioshka prestó atención: sobre su cabeza se oían unos zumbidos molestos: u-uu-u...

Una bala se fue a estrellar en la tapia, una vara por encima de la cabeza de Alioshka, salpicándole de ladrillo. Al otro lado de la calle se veía de vez en cuando el resplandor de un fogonazo: el desordenado galopar parecía alejarse. El de las gafas se puso en pie de un brinco y gritó:

—¡Seguidme!

Echaron a correr. Alioshka sentía en la boca una sensación de amargo y seco, el corazón no le cabía en el pecho. Al llegar al otro extremo de la calle, el de las gafas tropezó en un caballo muerto y se cayó. Alioshka, que corría junto a él, vio que dos hombres, delante de los rojos, saltaron una cerca y cruzaron el patio. La puerta se cerró de golpe. Resonó el cerrojo.

—¡Ahí están! ¡Dos se han metido en la casa!... —gritó Alioshka.

El de las gafas, cojeando después de la caída, llegó a la altura de Alioshka. Rodearon el patio. Los soldados rojos se ciñeron tras la tapia del cementerio, tras los húmedos groselleros y a lo largo de la cuneta del camino. Desde las ventanas de la casa, tapadas con almohadas, empezaron a disparar; entre tiro y tiro se oían roncas imprecaciones y voces entrecortadas. Luego, todo quedó en silencio.

El de las gafas y Alioshka estaban juntos. Poco antes del amanecer, cuando una húmeda oscuridad se deslizó arremolinada por el huerto, el de las gafas, sin levantar la voz, gritó:

—¡Eh, vosotros, si no os rendís echaremos una granada! Dos tiros contestaron desde la casa. El de las gafas hizo una seña con el brazo:

—Sobre las ventanas, ¡fuego!

Una descarga seca y rasgada. Otra y otra. Protegidos por las gruesas paredes de barro, los dos de la casa disparaban de tarde en tarde, pasando de una ventana a otra.

—Alioshka, tú eres más bajo que yo. Acércate por la cuneta hasta el cobertizo y lanza esta granada a la puerta... De lo contrario, tardaremos en cogerlos... Aquí, de esta anilla, tiras y lánzala. No te entretengas, porque te mataría...

El de las gafas desenganchó del cinturón aquella cosa que parecía una botella y la entregó a Alioshka. Encorvado y apretándose a la tierra húmeda, Alioshka se acercó; arriba, sobre la zanja, las balas segaban los hierbajos y la regaban con las gotas frías del rocío. Al llegar al cobertizo tiró de la anilla y apuntó a la puerta, pero la puerta chirrió, se estremeció, se abrió de par en par... Dos hombres cruzaron el umbral; el primero de ellos llevaba en brazos una niña como de cuatro años, a la luz incierta del amanecer se distinguía claramente la mancha blanca de su camisa de lienzo; el segundo traía los calzones de cosaco empapados de sangre; con la cabeza colgando, se detuvo agarrándose al marco de la puerta.

—¡Nos rendimos! ¡No disparéis! Vais a matar a la criatura.

Alioshka vio que de la casa salía una mujer, que se puso delante de la niña con intención de protegerla, mientras que no cesaba de gritar y de retorcerse las manos. Miró hacia atrás y se

encontró con el de las gafas, que se incorporaba hasta ponerse de rodillas; su cara era más blanca que la cal. Sus ojos se volvieron a un lado y a otro.

Alioshka comprendió qué era lo que debía hacer. Los dientes de Alioshka eran grandes y espaciados, y las personas de dientes espaciados poseen un corazón blando. Así solía decir la madre de Alioshka. Se echó sobre la brillante granada, parecida a una botella, y se tapó la cara con las manos.

Pero el de las gafas se acercó a Alioshka de un salto, lo apartó de una patada, agarró con la boca torcida la granada y la arrojó a un lado. Un instante después sobre el huerto se elevaba una columna de fuego, Alioshka oyó un estruendo horroroso, un grito de lamentación del de las gafas, y sintió que algo que olía a azufre le quemaba el pecho y sus ojos se cubrían de una niebla espesa y punzante.

* * *

Cuando Alioshka recobró el conocimiento, lo primero que vio fue la cara del de las gafas, ahora terrosa después de las noches de insomnio:

Trató Alioshka de levantar la cabeza, pero un doloroso pinchazo le hirió el pecho. Lanzó un gemido, rió.

—Estoy vivo... no he muerto...

—¡Y no morirás, Alioshka!... Ahora no puedes morirte. Mira...

En la mano del de las gafas había un carnet con su número. Lo acercó a los ojos de Alioshka y leyó:

—Alexei Popov, miembro de la U.J.C.R... ¿Comprendes, Alioshka? A un dedo del corazón se te quedó el casco de granada... Ahora te hemos curado, que tu corazón siga latiendo para bien del poder de los obreros y campesinos.

El de las gafas apretó la mano de Alioshka, y Alioshka, tras los cristales turbios, empañados, vio algo que jamás había visto antes: dos lágrimas pequeñas como de plata y una sonrisa torcida y temblorosa.